

El cambio imposible

Hemos estado, en todo el mes, colgando de un hilo. El hilo de la crisis, que, desde que llegó febrero, se ha adelgazado más, pero mucho más, que de costumbre. La crisis es, como nos lo enseña la historia, de vieja data. Viene desarrollándose, pues, sin prisa ninguna y sin ninguna pausa. Por todo eso es lo que nos causa risa la demagogia. Una demagogia que suele concretarse en promesas diversas; en que el problema nacional, por ejemplo, va a quedar resuelto en los venideros tres meses; en que todo el esfuerzo oficial estará dirigido hacia la rendición de los desposeídos. Y tantas otras zarandajas de este mismo calibre. La crisis, para ser exactos, no admite chistes.

Con motivo del recién pasado conato de golpe, se ha puesto de moda hablar del cambio. Todos piden el cambio. Lo han pedido, a gritos, los particulares. Lo han pedido los dirigentes de una y otra tolda política. Lo han pedido, mediante documento categórico, los intelectuales. Y lo han pedido hasta algunos notables del partido de gobierno. Unos y otros no ha hecho sino seguir el ejemplo dramático que dieron los responsables del ya citado conato. Todos los venezolanos, en suma, están convencidos de que el país está urgido de cambio. La actitud parece, dadas las circunstancias nacionales, inobjetable. Sin embargo, el cambio es imposible por ahora, como dijo el otro. Las razones son obvias.

La dirección del país, refiriéndose solamente al siglo presente, y refiriéndola a los primeros cincuenta años, ha carecido de criterio nacionalista de nuestra circunstancia. Una que otra excepción no podía hacer verano, como en el refrán famoso. Esta dirección no podía ni pensar en cambio alguno. Se lo impedían dos factores, a cual más grave. Uno: continuaba una tradición enorme que no admitía sino modificaciones superficiales mínimas. Otro: carecía, por completo, de recursos ideológicos suficientes. Le era más fácil adaptarse a lo heredado, claro está, que arriesgarse a la demanda del cambio.

Mejor dicho. La dirección nacional adolecía de mentalidad capitalista. Como consecuencia, no tenía sentido de la popularidad: el pueblo, es decir, la mayoría no la inquietaba por ninguna parte. Así nos explicamos, visto el fenómeno con la claridad del caso, su sumisión a los mandatos del vecino y siniestro imperialismo. Nuestro primer medio siglo XX, salvadas las excepciones que confirman la regla, transcurrió sin pena ni gloria.

Al entrar en el medio siglo que ha llegado a su recta final, todo de pronto, pareció que iba a ser otra cosa. Las gentes ingenuas, que son mayoría, creyeron que el cambio nos tocaba las puertas de modo perentorio. Se habló, hasta la fatiga, de la democracia; de que, por fin, la teníamos; de que íbamos a gozar de libertad; de que estábamos en la realidad del estado de derecho. Sin embargo, ¿qué iba a haber estado de derecho en un país cuyo destino lo rige el voto analfabeto? con esta interrogante, que se formula pronto y sin apremio ninguno, tenemos en la mano, como si dijéramos, la crisis venezolana en toda su plenitud.

Ajustémonos, así, el cinturón. El cambio, que viene rodando desde que nació el río de la historia republicana, no va. No lo dejan ir, naturalmente, obstáculos sobre los cuales nos detenemos con la profundidad necesaria. No va el cambio en esta asendereada patria venezolana debido a que ej. nivel cultural de la colectividad es

ínfimo. La prueba salta a la vista. Todos votamos como analfabetos. Nos gobiernan, pues los analfabetos. No elegimos, mucho cuidado: apenas votamos. La dirección del estado se ha encargado, a cuenta de no sabemos qué democracia, de mantenernos en tan curiosa situación política. Esto ha producido algo monstruoso: la radical partidización de la administración pública. Desde la humilde cocinera, subiendo toda la escalera política, hasta el jefe del estado, tiene que tener, cada uno y sin apelación, la cédula de identidad del partido.

Y, puesto que los partidos, principalmente los del liderazgo que sabemos, están integrados por la masa ya mencionada, qué educación se les va a pedir, qué cultura se les va a reclamar, qué ética se les va a examinar, qué decoro oficial van a protagonizar. Todos aparecen, a la mirada más desprevenida, cabalmente organizados. Sí, camaradas lectores. Organizados a tiempo completo para satisfacer dos finalidades especiales. La una: enriquecerse a toda prisa, pero, eso sí, con el sudor de la frente de los contribuyentes. La otra: darle testimonio de absoluta fidelidad al vecino y siniestro imperialismo.

En estos elementos, tan simples y tan patentes, se fundamenta la crisis venezolana. Con semejante mentalidad no llegaremos a ninguna parte. Los ladrones, por muy vivarachos que resulten, no hacen desarrollo. Por esto es por lo que nos desata la risa, el chiste de algunos de los mandatarios que hemos padecido cuando, al ver la cosa que arde, declaran campantes que el suyo es "el gobierno de los pobres", o que están resueltos "a acabar con la pobreza". Esto sería el cambio, pero ¿quién lo realiza? la democracia, en este país, es puramente utópica. Puramente utópico es, igualmente, el cambio. Por pretenderlo, fue abatido Zamora. Por encaminarse a él, fue dado de baja Medina Angarita, ¿qué tal?.